

so en Pierre Menard; pienso, ay, en Funes...) o, quizás del primer Vargas Llosa (*La Casa Verde, Historia de un deicidio*)⁵. En mi caso, para lograr esa sensación de la totalidad, antes de completar la edición crítica, hice eventualmente un viaje a pie por los caminos de la región que es el referente material de la novela, sin engañarme, naturalmente, en cuanto a los diferentes estatutos de, por ejemplo, el San Miguel Acatán de la realidad geográfica y sociológica (en la sierra de los Cuchumatanes al oeste de Guatemala) y el San Miguel Acatán representado en la novela de Asturias.

Esta experiencia pretendidamente totalizante es, de todas formas, una ventaja que yo he tenido, en mi trabajo sobre Miguel Ángel Asturias y *Hombres de maíz* (aunque no garantice, naturalmente, que mis esfuerzos hayan sido ni estéticamente ni científicamente exitosos). Los hispanohablantes no necesitan traducir el libro –no pueden traducir el libro– y así requiere un inmenso esfuerzo para que lleguen al grado de abordaje necesario para conocer el libro a fondo. (Esta limitación no determina, desde luego, que sus esfuerzos sean inferiores a los míos; estamos hablando de horizontes utópicos y objetivos ideales). Además, este libro es, quizás, uno de los dos o tres textos más difíciles de la historia de la literatura latinoamericana. El único rival que se nos ocurre es *Paradiso* de José Lezama Lima, que también es el punto de un *iceberg* inmenso pero en ese caso lo que no se ve de inmediato es, a final de cuentas, y sin menospreciar el tratamiento *sui generis* que les aplica Lezama, un inmenso acervo de materiales grecolatinos o católicos asimilables (aunque no sin dificultad) por cualquier lector docto en cuestiones relacionadas con la antigüedad clásica europea.

En cambio, lo que no se ve pero se intuye en *Hombres de maíz* es la mezcla de un rico tesoro de folclor católico poco estudiado y relativamente desconocido, junto con un inmenso caudal de ingredientes mesoamericanos –tanto «mayas» como «nahuas»– y una extraordinaria especificidad geográfica, botánica, zoológica y antropológica esencialmente guatemalteca aunque desconocida por la inmensa mayoría de los guatemaltecos, sin hablar del resto de sus vecinos latinoamericanos (y esos materiales, huelga decir, tienen sus orígenes no solamente en las más de treinta lenguas que aún se hablan en Guatemala sino en las de otras culturas latinoamericanas, centroamericanas y caribeñas de la época prehispánica). Lo que sólo se va comprendiendo poco a poco es

⁵ Fue Vargas Llosa quien prologó la primera edición crítica de 1981.

la complejidad casi inaudita del entretrejimiento de dichas fuentes. El epígrafe de la novela cita directamente una traducción al español («Aquí la mujer, yo el dormido») de un documento prehispánico nahua (el llamado «Canto de Atamalcaloyan»); y la primera página del texto sigue procesando imágenes nahuas pero también elabora toda una serie de metáforas descubiertas en textos prehispánicos de diferentes culturas indígenas de Guatemala (entre otros, para citar sólo los ejemplos más conocidos: el *Popol Vuh* de los maya-quiché y los *Anales de los xahil* de los cakchiqueles) y Yucatán (por ejemplo, *El libro de los libros de Chilam Balam*). Tan milagroso ventrílocuo es Asturias, tan invisible su trabajo lingüístico, tan sin costura, que sólo una investigación exhaustiva puede descubrir y describir el detalle intrincado de su diseño; y esta tarea no es más que la preparación más elemental, el trabajo arqueológico más indispensable para reconstruir la obra en su totalidad y así facilitar su transporte, su largo viaje —esta vez sin implicaciones imperialistas— a otra cultura.

Análisis y descripción del terreno

Lo cual nos conduce, finalmente, desde la cultura (en sentido etnológico) a la cuestión lingüística. Cuando dije que los lectores hispanohablantes no necesitaban traducir el libro, quizás no estaba diciendo toda la verdad. Más allá de la cuestión de los rasgos culturales enterrados e invisibles, en la versión publicada de *Hombres de maíz* había casi mil palabras que no se encontraban en el *Diccionario de la Real Academia Española* y que yo incluí eventualmente en el glosario de mi edición crítica. Cuando conocí a Miguel Angel Asturias en 1967, también conocí a un joven estudiante guatemalteco en Londres y le pregunté qué pensaba de mi novela favorita, *Hombres de maíz*. Me contestó que había disfrutado su lectura pero que le pareció incomprendible, en parte porque contenía centenares de palabras que él, un guatemalteco bien educado, no conocía. Esas palabras las encontré en el *Diccionario de Guatemaltequismos* de Sandoval, antes mencionado, y en el *Diccionario de Americanismos* de F. J. Santamaría (1942), por no hablar de una inmensa bibliografía de libros de referencia sobre la historia y la cultura centroamericana.

Ahora, para traducir el libro al inglés me pareció que era necesario, inevitablemente, simplificar el texto para el lector común y corriente, educado pero no especialista. Asturias no había escrito un libro «regio-

nalista» en el que distribuyera de manera voluntarista y artificial una sarta de «regionalismos» que, con todo y brindar color local, disonaran dolorosamente con el vocabulario del narrador metropolitano; al contrario, el léxico guatemalteco está perfectamente integrado con el discurso del narrador pero el problema de la accesibilidad siguió subsistiendo y por eso Asturias incluyó un glosario al final de la novela. Ahora, en el caso de la traducción, para la gran mayoría de los referentes léxicos guatemaltecos o centroamericanos no existían equivalentes en la lengua inglesa; obviamente no se podía echar mano de la taxonomía científica –la versión latina– de los nombres de la abundante flora y fauna del texto; a veces aparecían equivalentes antillanos pero ellos también requerían su propio glosario, el cual, por otra parte, demostraría que el traductor estaba convirtiendo la novela en otra novela medio jamaicana, medio africana, lo cual complicaría en vez de resolver los problemas. Por otra parte, pensando en la solución «auténtica» más obvia (preservar las palabras «no castellanas» en la versión inglesa), el libro ya era –de por sí– suficientemente inaccesible a la cultura angloamericana sin incluir mil palabras españolas y/o guatemaltecas que tendrían que ser referidas a un glosario interminable al final del libro. Mi solución era reducir el glosario guatemalteco-español (incompleto y arbitrario) del mismo Asturias –300 palabras– a un glosario español-inglés de 65 palabras, un glosario que comunicaría la riqueza de las redes de asociaciones lingüísticas sin abrumar al lector condenado de antemano a una experiencia literaria especialmente desorientadora. Puede parecer irónico, sin embargo, que el mismo estudioso que aumentaría el glosario del autor de la novela de 300 a 1.000 palabras para su edición crítica, la hubiera reducido a 65 palabras para la versión inglesa. Son decisiones inevitables pero hay que reconocer que cada traductor haría su trabajo de manera diferente y tomaría decisiones diferentes que después tendría que pagar ante la historia.

Otro problema de peso era cuál de las versiones y registros del inglés utilizar. ¿Qué palabrotas proferiría el equivalente angloamericano (si bien sabemos perfectamente que no existe ningún equivalente) de un indio o un mestizo enganchado en el ejército guatemalteco allá por el año 1900? El traductor, nacido en Londres en una época concreta, era muy consciente de que el libro se publicaría primero en Estados Unidos y, por otra parte, le era evidente que la cultura y la mentalidad del sur de Estados Unidos, si bien no muy comparables, eran mucho más cercanas a la cultura y la mentalidad de la Guatemala rural que cualquier lugar concebible de la Gran Bretaña o sus excolonias. Así

que el *Webster's Dictionary* era más útil que el *Oxford English Dictionary* y fueron novelas norteamericanas las que utilicé para ambientarme cada día antes de proseguir con el trabajo. Dicho lo cual, habría que reconocer que mi versión de la novela es, a final de cuentas, igualmente polifónica, heterogénea y multicultural que la original, aunque – huelga decirlo– de manera mucho menos convincente.

Parecerá irónico pero mi única reserva fue la cuestión del título. La editorial y la mayoría de mis interlocutores norteamericanos querían que se tradujera como *Men of Corn* en vez de *Men of Maize*. Sin embargo, y en primer lugar, *corn* es el término que se utiliza en muchos países de habla inglesa para el cereal que se cultiva de manera predominante en una cultura dada; *corn* significa maíz en Estados Unidos pero puede significar trigo en Inglaterra y avena en Escocia, por ejemplo. Además, pensé que *maize* (propiamente *Indian corn* en inglés) y *maize leaf* suenan mucho más «selváticas» en inglés; y aunque no buscaba añadirle exotismo a un libro ya de por sí suficientemente exótico en el español original⁶, tenía bien en cuenta que los maizales de Guatemala están situados en su mayoría en las sierras forestadas del país y no en las praderas planas e interminables del Mid-West estadounidense de donde salen, por arte de magia, nuestros *corn flakes*. Finalmente, con *maize* se establece una aliteración conveniente con *men*, y como traductor me parecía importante aprovechar toda oportunidad de enfatizar el ritmo de la prosa para simular el impacto de la versión original (porque *Hombres de maíz* es, evidentemente, entre otras cosas, un largo poema en prosa); esto no puede lograrse palabra por palabra ni frase por frase pero es posible buscar la equivalencia de los párrafos y del conjunto. (Ver Apéndice) Como siempre, se trata de escribir otra novela para escribir la misma novela o, por lo menos, escribir la misma novela de otra manera para hacerle justicia. *Men of Maize* no tiene la sonoridad de *Hombres de maíz* pero «promete» sonoridad, mientras que *Men of Corn* no solamente suena anticlimático sino que tiene asociaciones indeseables. (*Corny* en ambos lados del Atlántico también tiene el significado, apropiadamente, de «trillado», y se refiere especialmente a los chistes –así que *men of corn* podría sugerir, por ejemplo, Abbott and Costello). En cambio, *maize* tiene un homónimo,

⁶ Ver mi «*Translating García Márquez, or, the Impossible Dream*», in D. Balderston and M. Schwartz (eds): *Voice-Overs: Translation and Latin American Literature*, State University of New York Press, Albany, 2002, pp. 156-163. El ensayo demuestra que los traductores angloamericanos exotizan la obra de García Márquez hasta en los títulos de sus novelas.